

UN DESEO EN SU CONTRA

Una vez María deseó ver a su padre muerto. Una vez María regaló su vida para que a su padre se la quitaran. A ese sinvergüenza que nunca la quiso y sólo abusó de ella no le podía desear nada peor que la muerte. Su pánico hacía él era tal, que ni siquiera ella misma podía matarlo, aún deseando poder bañar sus manos en la sangre de su padre. Quería sentirse cómo el cazador cuando se queda maravillado al abatir un jabalí, y lo encuentra yaciendo delante de él.

Una tarde se abrigó y salió a pasear, mientras su mente estaba pendiente sólo de un único objetivo: la muerte de ese desgraciado. A María no le gustaba ser mala, pero tiene que serlo, ya que si nadie la hacía justicia, tendría que tomársela por su cuenta. Tras mucho caminar llegó hasta el río. Apoyó sus manos en la barandilla del puente y se quedó hipnotizada mirando cómo el agua del río caía por la cascada a gran velocidad, para ir a parar a otro río. El ruido que hacía el agua al chocar contra el suelo era tremendo, tanto que ni siquiera María podía oír lo que pensaba. Desde su inmovilidad esperaba ver reflejada su imagen, pese a lo agitada que estaba el agua. Mas no esperó en vano, pues de pronto el agua revuelta se fue apaciguando y a medida que podía ver más clara su imagen, también el sonido del agua al chocar se fue aminorando hasta desaparecer, hasta convertir su rebeldía en tranquilidad y silencio. Ya era de noche y su única compañía era una farola encendida, que la acompañaba y ayudaba a distinguir la imagen de su rostro.

Se miró en sus ojos y su mente sólo pudo gritar a través de ellos “*¡Qué muera mi padre!*”. Una voz grave y profunda volvió a repetirlo, con un volumen de voz tan alto que consiguió ensordecir a María, que ya estaba acostumbrada al silencio reinante. Y esto sucedió al mismo tiempo, que en un parpadeo, su reflejo cambió y en vez de su cara visualizó una calavera. La extraordinaria situación la hizo sentir miedo, y corrió, corrió a través del parque hasta llegar a un banco. Sus piernas temblaban y se tuvo que sentar. No alcanzaba a comprender lo que acababa de suceder, pero una sensación de placer recorrió su cuerpo y tuvo el presentimiento de que la satisfacción de ver a su padre muerto no tardaría en llegar.

Al día siguiente el padre de María tenía una competición de piragüismo, aunque María hacía tiempo que no sabía nada de él, aún teniendo tal obsesión por él. Por azar, leyendo el periódico se enteró de la competición. “*¡En el río!*”, justo el mismo lugar donde el día anterior deseó que su padre muriera. Esa tarde María volvió al mismo puente para no perderse la oportunidad de ver lo que más deseaba. No sabía que inventaría el agua para matarle, ni siquiera si lo haría, pero tenía fe.

Empezó la competición y María sabía que su padre era un ganador, por eso se colocó cerca del lugar de la meta. Al rato, alejado del grupo de piraguas, María distinguió a su padre, y algo oprimió su corazón. La meta estaba situada justo después de la llegada del río afluente, sobre el que observaba María, y que desembocaba al río principal, por el que el padre de María remaba para hacerse ganador. Su padre ya estaba cercano a la meta y el nerviosismo atrapó a María. De pronto, el suelo empezó a temblar y vieron cómo desde debajo del puente, a toda presión, salió una cantidad de agua tal, que se desbordó por la cascada y volcó la piragua del padre de María partiéndola en dos. Ante tal catástrofe, un grupo de colaboradores de la competición, se acercaron con una lancha hacia la zona donde había desaparecido el padre de María, para poder ayudarlo en caso de que siguiera vivo. El corazón de María dejó de sentir la presión, pero ante la incertidumbre no volvió a latir. Cuando encontraron el cuerpo, lo subieron a la lancha y lo llevaron a la orilla. María por fin, despertó de su breve inconsciencia y corrió hacia la orilla, porque quería estar totalmente segura de que su deseo había sido cumplido.

Llegó hasta el grupo de gente que rodeaba el cuerpo de su padre, se identificó como su hija y la dejaron acercarse. Al partirse la piragua, su padre tenía cortes en la cara, pero era él. De pronto, una voz dio un vuelco al corazón de María “*Lo siento, pero... su padre ha muerto.*” María miró a los ojos de su padre, que estaban perdidos mirando al cielo, y en un parpadeo se reemplazó su rostro por la imagen que vio reflejada en el río, acompañada de una voz que dijo “*¡Qué muera mi padre!*”. María empezó a llorar de felicidad. Después de tantos años por fin estaba muerto, se había vengado de toda la infancia que la había robado. María se giró y apartó a la gente que la

aprisionaba para poder alejarse cuanto antes del cuerpo de su padre. Corrió de nuevo hasta el puente y volviendo a asomarse por el puente, le agradeció al agua haber llevado a cabo su deseo.

María volvía feliz a su casa, y tantas emociones hicieron que estuviera cansada, por lo que se metió en la cama. Llevaba un rato dormida y de pronto escuchó que la voz de su padre la llamaba “*María, María...*”. Se despertó sobresaltada. Quizá su mente siguiera maquinando algo contra su padre y le jugó una mala pasada. Al rato de volverse a dormir, su padre la volvió a llamar y al despertarse, todavía seguía la voz retumbando en su cabeza. Se levantó, encendió la luz y busco desesperada por la habitación de donde provenía esa voz. No encontró nada y se fue corriendo a la cocina y cogió un cuchillo, y todavía seguía escuchando la voz. Apretó el cuchillo contra su pecho y empezó a recorrer su casa encendiendo todas las luces. Fuera quien fuera, no dejaría que la hiciera nada sin defenderse. Buscó por todos lados, mientras chillaba histérica porque esa voz no salía de su cabeza. Estaba asustada, y la desesperación hizo que se acurrucara en un rincón hasta que las voces desaparecieran, encerrándose en sí misma tenía la esperanza de librar a su cabeza de aquella voz.

Pasaron diez minutos, que para ella fueron eternos, hasta que volvió el silencio. Recuperó la tranquilidad y volvió a recorrer su casa con todas las luces encendidas y sin soltar el cuchillo de la mano. No encontró nada. Sospechó que en el rellano de la escalera hubiera alguien, por eso abrió una rendija la puerta, y en ese momento, la voz volvió a atormentarla. El susto la hizo salir de su casa, sólo ataviada con un camisón y descalza. Empezó a correr y llegó hasta el parque, pero seguía sin poder deshacerse de la voz que no la dejaba pensar. Recordó que el río le concedió un deseo cumplido con la muerte de su padre, por eso fue al río, como lugar donde refugiarse. Su frente ardía y su corazón latía descontroladamente.

Llegó al puente. Apoyó las manos en la barandilla, sin soltar el cuchillo. Caían lágrimas por sus mejillas. Con temor se asomó para ver su reflejo en el agua y las voces cesaron de pronto. María vio como le devolvía su rostro sonriendo. María se encontraba en la misma situación que el día anterior, únicamente acompañada por la farola. Se dispuso a desear que las voces de su cabeza cesaran, pero de su boca sólo salió una frase que no era esperada por María: “*Quiero verte*

muerta”, y vio cómo su padre desde el agua se lo repetía “*Quiero verte muerta*”. La imagen de su padre desapareció. María no respiraba, permanecía inquieta pues su cuerpo no sabía cómo reaccionar. Pero un chorro de agua, expulsado del suelo hacia el cielo, la empujó contra la barandilla, y del chorro de agua a presión, distinguió la figura de su padre. María se abrazó las piernas y agachó la cabeza para poder encerrarse en sí misma. El reflejo de agua de su padre se acercó a ella y la tomó de la mano. Con una sonrisa, su padre la hizo levantarse del suelo y la abrazó por detrás. Todas las imágenes que de niña quiso olvidar volvieron, porque del abrazo de su padre recordaba cómo abusaba de ella cuando era pequeña. María seguía sin soltar el cuchillo que lo apretaba fuerte contra su pecho. No podía dejar de llorar, mientras el reflejo de su padre tarareaba una canción en su oído, la misma que de pequeña la cantaba cuando se aprovechaba de ella. María, acompañada por un leve balanceo de la figura de su padre, se fue acercando hacia la otra barandilla, sin dejar de sentir la presencia del brazo de su padre en su tripa. Su padre la soltó y volvió al agua lentamente, se puso frente a ella y le cogió el cuchillo de la mano. Con la otra mano levantó la cabeza de María por la barbilla, y la obligó a mirarle. En su rostro estaba el reflejo que María distinguió en el agua, y antes de poder reaccionar, su padre agarró el cuchillo, y le dijo “*Yo también quiero verte muerta*” y se lo clavó en el corazón. No encontró nada. Sospecho de que en el rellano hubiera algo, abrió una rendija la puerta y en ese momento, la voz volvió a atormentarla. El susto la hizo salir de su casa, sólo ataviada con un camisón y descalza. Empezó a correr, corrió hasta el parque, no sabía como deshacerse de la voz, ni siquiera podía pensar. Recordó que el río le concedió el deseo de la muerte de su padre y siguió corriendo hacia allí como refugio. Su frente ardía y su corazón tenía latidos descontrolados. Llegó al puente. Apoyo las manos en la barandilla, sin soltar el cuchillo, mientras caían lágrimas por sus mejillas.

A María se le corto la respiración y su padre le agarro del pelo hasta tirara su cuerpo al agua. La cascada cambió de color para teñirse de rojo.

El cuerpo de María salió a flote. María no sentía nada, tan sólo una sensación placentera y no tenía ni rastro del cuchillo. Pensaba que todo había sido una pesadilla y que había caído al río por accidente. La niebla apenas la dejaba ver, pero estaba amaneciendo y pudo distinguir la orilla.

Empezó a nadar hacia allí, y de pronto, distinguió una barca con su padre dentro que le sonreía y la llamaba. El deseo de María se había vuelto en su contra. Una vez María deseo que su padre muriera, pero una vez el padre de María deseo que ella muriera para acompañarle siempre, justo después de que ella le matara. El agua del río recogió los dos deseos. Favoreció al primero, quedando María afectada.

Su padre la llamaba “*María, María...*”. María quería escapar y empezó a nadar hacia el lado contrario, con la misma velocidad que su padre con la piragua. Su padre la seguía, remando con la barca, y no dejaba de repetir “*María, María...*”.